

y no hacernos dignos de la recompensa prometida... Vos prometéis, por ejemplo, un salario á un obrero, si él hace un trabajo convenido; y además le prestáis todo lo que es necesario, para ejecutarlo fácilmente; mas hé aquí que ese hombre se deja vencer por la pereza y se niega á trabajar. ¿ Será culpa vuestra, si el tal sujeto se vé privado del salario, que debía percibir? De vuestra parte habríais sido fiel á vuestra promesa, la recompensa era segura y él podía esperarla con toda certeza; pero él solo, por su indolencia, es la causa de que vuestra promesa no haya tenido cumplimiento... Así, hermanos carísimos, á pesar de la certeza de nuestra esperanza, tenemos siempre motivos para temer á causa de nuestras miserias y de la flaqueza de nuestra voluntad... Ved, pues, como y porque nuestra esperanza debe andar acompañada del temor de Dios...

PERORACION. — Esto mismo nos muestra el ejemplo de los santos... El mismo Job, aunque diga: « Quiero esperar contra toda esperanza », nos hace saber, que temblaba ante la faz del Señor, como se tiémbla ante las olas encrespadas por la tempestad¹... Y vos, glorioso S. Pablo, Apóstol de las naciones, no ignorabais tampoco, que despues de tantos trabajos emprendidos por la gloria de Jesucristo, este juez justísimo os daría la corona de justicia, objeto de vuestra esperanza². ¿ Qué queréis, pues, enseñarnos, cuando afirmáis, que no estais seguro de vuestra salvacion, que teméis que, despues de haber predicado á los otros, seais vos mismo reprobado³? Lo que quiere enseñarnos, carísimos hermanos, es, que el temor de los juicios de Dios debe acompañar siempre nuestra esperanza... Un ejemplo todavía... S. Felipe Neri había llegado al mas alto grado de perfeccion; éxtasis, revelaciones, don de profecía, poder de obrar milagros. Dios le había comunicado todas estas singulares gracias que no concede sino á los mas grandes santos⁴... Pues bien, escuchad cual era su oracion habitual y como el

1. Job, xxxi, 23.

2. II Timoth. iv. 8.

3. I Corinth., ix, 27.

4. Véase la vida de S. Felipe Neri, *passim*.

temor de Dios iba junto en su alma con la mas firme esperanza: « Dios mío, decia, en vos espero; pero no os fiéis de mí, porque puedo ofenderos y séros traidor... » Tales deben ser nuestros sentimientos, hermanos carísimos; tengamos en la infinita bondad de Dios una esperanza firme, una confianza filial; pero vivamos á la par penetrados de un temor saludable de su justicia; y así le serviremos con amor y nos guardaremos de ofenderle... Así sea.

DÉCIMA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

OCTAVA INSTRUCCION.

PECADOS CONTRA LA ESPERANZA; DESESPERACION; PRESUNCION.

TEXTO. — *Etsi coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est...* Aunque los justos hayan padecido mucho delante de los hombres, su esperanza empero ha sido coronada por gloria inmortal.

(SAPIENTIE C. III, V. 4.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un general famoso de la antigüedad, Alejandro Magno, si no me engaño, conduciendo sus soldados á la conquista de un dilatado reino, comenzó por distribuirles todo el dinero que poseía. ¿ Qué reservais, pues, para vos, le dijeron sus amigos admirados? La Esperanza, contestó él... Se han hecho grandes elogios de esta frase, por considerarla como revelacion de los sentimientos elevados y del desintréís que anidaban en el alma de este príncipe... Sin embargo, ¿ cuál podía ser esta esperanza de Alejandro? Hacer perecer algunos millones de hom-

bres, arruinar numerosas provincias, y luego morir á la flor de su edad á consecuencia de sus excesos... Vaya ¡ que esperanza !...

¡ Cuán cierto es, que la Esperanza cristiana es mas elevada, mas noble y mas digna de ser conservada !... O gloriosos mártires, os veo sacrificar vuestros bienes, entregar vuestros miembros á la tortura, enrojarse de vuestra sangre los instrumentos de suplicio y dar vuestra vida como cosa baladí... ¿ Qué reservais, pues, para vosotros ?... — ¡ La Esperanza !... — Sí, pero la esperanza de una felicidad eterna... Sí, héroes cristianos, algunos de entre vosotros habrían podido repetir con S. Estéban : « Veo los cielos abiertos y á Jesús sentado á la diestra del Padre, teniendo en sus manos la corona que me destina... » Y vosotros, ilustres confesores, santos de toda edad y condicion, vosotros habeis tambien peleado el buen combate, todos habeis seguido el camino estrecho ; ¿ quién, pues, os sostenia en medio de las tentaciones y persecuciones ? — La Esperanza... Sí, la Esperanza, esta virtud divina es la que animaba los anacoretas en sus austeridades, la que dió fortaleza á tantas almas generosas que, menospreciando el mundo, han luchado contra sus pasiones y se han santificado, cumpliendo fielmente sus deberes de cristianos... La Esperanza tambien es la que ha hecho volver á tantos pecadores, como otros hijos pródigos, al seno del Padre de familias, formando de ellos Pelagias ó Agustines...

PROPOSICION. — Asi es, hermanos carísimos ; mas, para que la Esperanza produzca estos felices efectos, es menester, como os decíamos en nuestra última instruccion, que sea firme, perseverante y acompañada del temor de Dios... Hoy vamos á ver los principales pecados que se oponen á esta hermosa virtud...

DIVISION. — Estos pecados son dos : *Primero* : la desesperacion ; y *segundo* : la presuncion.

Primera parte. — Comencemos por preguntar : ¿ qué es desesperacion ? Llámase desesperacion la persuacion *voluntaria* y *deliberada* de no poder lograr la salvacion, sea que juzguemos, que nuestros pecados son demasiado grandes, ó sea que pensemos que Dios no quiere ó no puede perdanárnoslos. He dicho persuacion *voluntaria* y *deliberada*, para no confundir la desesperacion con

ciertas tentaciones, que pueden á veces molestar aun á las almas piadosas. S. Francisco de Sales padeció durante muchos meses una de estas terribles tentaciones. Pareciale, en efecto, que el cielo le estaba cerrado y que infaliblemente se condenaría. Bajo la influencia de este pensamiento se consumía de tristeza, pero no por esto negaba la misericordia de Dios, ni blasfemaba de la misma... Un día entra el santo en una iglesia y dirigiéndose á la dulcísima Virgen María, la hizo esta súplica : « O madre divina de Jesús, si he de incurrir en la desgracia de verme separado de vuestro Hijo por toda la eternidad, alcanzadme al menos el favor de amarle con todo mi corazon, mientras viviere acá en la tierra... » Hecha esta súplica, desapareció la tentacion y el santo recobró la calma y la paz... Ved, por el contrario, como se portó Cain. Despues de haber dado muerte á su hermano Abel, la desesperacion se apodera de su alma y dice : « Mi pecado es demasiado grande, para que me pueda ser perdonado ? » Luego se aleja del lado de sus padres, y anda solo errante con sus remordimientos, arrastrando una existencia precaria y maldecida. ¡ Desgraciado ! si hubieras tenido el acuerdo de echarte en brazos de la Misericordia, tu crimen, por grande que fuese, habría tenido perdon y no habrías sido el primer hombre, para quien se abriera la cárcel del infierno.

Pero ¿ cuáles son las fuentes de la desesperacion ? Son varias y vamos á indicar solamente las principales. La primera es la enormidad de nuestros pecados. Hemos visto, en efecto, por el ejemplo de Judas y acabamos de verlo por el de Cain, que es ésta con frecuencia una causa de desesperacion... Sin duda, hermanos míos, que debemos temblar, al considerar el número y enormidad de nuestras culpas ; pero este temor debe ser un temor saludable, que nos excite á detestarlas y dolernos de ellas y nos obligue á arrojar-nos con amorosa confianza en los brazos de la infinita bondad de Dios. Su misericordia es ciertamente mayor que nuestra malicia, y Él mismo ha prometido con juramento perdonarnos, cualesquiera

1. *Vida de S. Francisco de Sales.*

2. *Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.* Genes., iv, 13.

que fuesen nuestras iniquidades, si quisiéramos recurrir á tiemp y confiadamente á su infinita bondad ¹... Leemos en la vida de Sta. Catalina de Sena ², que una vez encomendaron á sus oraciones un pecador manchado de enormes crímenes... El infeliz creíase ya condenado y como Judas, iba á morir en la desesperacion... En el momento, en que la santa rogaba con fervor por ese infortunado, Jesús se dignó aparecerse á ella, diciéndola : — ¿ Cómo osas, hija mía, pedirme la gracia de este pecador ? ¿ No sabes cuales son sus crímenes ? Él es un blasfemo desvergonzado que, entre otras maldades, ha entregado á las llamas mis propias imágenes y las de mi dulce Madre ¿ No merece, pues, ser un tizon del infierno y arder por toda una eternidad ? — Y la santa, derramando lágrimas, no cesaba de gritar : Perdon para este pobre pecador... Nuestro Señor se dejó tocar por los ruegos de su humilde sierva y concedió á aquel infeliz la gracia de morir como un predestinado.

Una segunda fuente de desesperacion es la deplorable facilidad, con que recaemos tan continuamente en las mismas faltas... ¡ Pobre alma ! tu te habías convertido sinceramente á la ocasion de una mision, de un jubileo. Ayudada de la gracia, habías hecho un esfuerzo sobrehumano para confesar tus culpas, dejar las ocasiones y salir del estado de pecado... Pero de golpe tus primeras flaquezas han reaparecido ; las ocasiones han venido á tu encuentro y acaso tu misma las has buscado, acabando por caer mas hondo en ese abismo, de donde habías salido tan costosamente... ¡ Ah ! ya comprendo tu estado, el desfallecimiento se ha apoderado de tí, la desesperacion te ha invadido. No hay remedio piensas ya, Dios me ha abandonado, yo no puedo salvarme, no hay perdon para mí... Lejos de mí, hermanos carísimos el pensamiento de excitar al mal ; sí, ciertamente debemos gemir y temblar, al ver la deplorable facilidad, con que recaemos sin cesar en las mismas faltas... Permittedme, sin embargo, deciros, que Jesucristo conocía esta flaqueza que nos es innata y tenía previstas estas recaidas... S. Pedro

1. Isaias, 1, 18.

2. Apud Surium 19 Aprilis.

le dijo un dia : Señor ¿ he de perdonar sólomente siete veces ? ¿ Qué dices, Pedro ? ¡ cómo osas señalar límites á mi misericordia ! No sólomente siete veces, sino siempre débese perdonar al pobre pecador, con tal que éste se halle bien dispuesto.

Así pues, carísimos hermanos, no demos jamás entrada en nuestro corazon al abatimiento, ni á la desesperacion... Dios quiere de veras salvarnos y ha prometido suministrarnos los medios para ello... Cualquiera que sea nuestro estado, este pensamiento debe hacer florecer la esperanza en nuestras almas... Él permite el mal, pero su misericordia sabe sacar de ello el bien... Si David no hubiese pecado, su amor para con Dios, su gratitud hubieran sido acaso menos ardientes, y no tendríamos nosotros esos hermosos cánticos, en que se derraman de una manera tan tierna su dolor y arrepentimiento... El recuerdo tambien de los désordenes de la vida pasada hacía que S. Agustin escribiese esas páginas tiernísimas, testimonio inmortal de su amor y agradecimiento... La misericordia de Dios es infinita, mientras que nuestra malicia, por grande que sea, tiene sus límites... Dios sabe sacar bien aun del mal ¹, nuestra flaqueza y nuestras miserias son, en cierto modo, las esclusas por donde entra el rio de sus misericordias y corre á derramarse en el mundo... Animo, pues, si tenemos en Dios una firme esperanza, su bondad sabrá hacer brotar de nuestras propias faltas su gloria y nuestra santificacion. « Oh Dios de bondad, escribía S. Bernardo, sólo la esperanza alcanza de vos el perdon, y no derramais el bálsamo de la misericordia sino en el vaso de la confianza ². »

Segunda parte. — Acabamos de explicar, hermanos carísimos, como se peca contra la Esperanza por defecto ; y ahora vamos á examinar como puede pecarse contra esta hermosa virtud por exceso, esto es, por presuncion... ¿ Qué es, pues, la presuncion ? Es una confianza *temeraria*, que nos hace esperar que Dios nos salva-

1. Conf. Sto. Tomás, primera parte, cuestion xxii.

2. *Sola spes apud te miserationis obtinet locum, nec oleum misericordiae nisi in vase fiducia ponis.* Serm. 111 de Annunt.

rá, sin hacer por nuestra parte los esfuerzos necesarios para salvarnos...

¡ Cuán comun es este vicio, particularmente en nuestros días !... Conferenciamos un momento juntos y veréis que tal vez entre nosotros nadie esta exento del mismo. Decidme ó sino, todos los que me escuchais, ¿ no es verdad que teneis la intencion, el deseo, la esperanza de ir un día al Paraíso, pues pienso que en esta reunion no hay uno solo de esos insensatos que dicen : Cuando uno muere, todo muere?... Ya oigo vuestra respuesta : Sí, decís, todos tenemos la esperanza de salvarnos. — Está bien, pero veamos que haceis, para justificar esta esperanza... Los que diferis de día en día vuestra conversion y os estais revolcando desde largos años en los charcos del pecado mortal, vamos ¿ vosotros tambien esperais salvaros? — Sí, porque estamos resueltos á confesarnos mas tarde, ó por lo menos en el momento de la muerte. — Pero acaso os ha prometido Dios ese tiempo con que contais ? ¿ Ha venido Él á deciros : « Estad tranquilos, ofendedme sin temor, yo os convertiré en vuestro lecho de muerte?... » Si, pues, Él no os ha hecho esta promesa, vuestra esperanza no es mas que una presuncion temeraria, una irrision injuriosa á la misericordia de Dios...

Y vosotros, los que, á pesar de las culpas que agravan vuestra conciencia, esperais ciertos plazos fijos para confesaros, ¿ creeis por ventura mejor fundada vuestra esperanza, ó os ha prometido El esperaros hasta Pascua ó Navidad? ¿ No ha dicho por el contrario, que la muerte vendría como un ladron? ¿ No puede ella sorprenderos y asaltaros mañana, esta noche, hoy mismo?... ¿ No veis, pues, que vuestra espera es tambien una presuncion temeraria?... ¡ Ah, dirá alguno, yo nada temo, pues cada noche me encomiendo á la Virgen santísima y espero con razon que ella me obtendrá la gracia de no morir súbitamente !... ¡ oh Madre de misericordia, compasiva y dulcísima María, lejos de mí el poner en discusion vuestra bondad, negar vuestra ternura, y dudar de vuestra clemencia ! No, no... Pero si el dolor pudiera alcanzaros en el seno de esa felicidad, de esa gloria incomparable que constituye vuestra herencia, ¡ que tristeza experimentaria vuestro corazon, al ver á muchas

pobres almas que se apoyan en la confianza que dicen tener en vos, para perseverar, no sé con que funesta seguridad en estado de pecado mortal !...

Es asimismo pecar por presuncion y contra la esperanza poner la confianza en sí mismo, contar en sus propias fuerzas para evitar el mal, ó en sus propios méritos para lograr el cielo.

Queriendo nuestro divino Salvador en la noche de su prision prevenir sus Apóstoles contra las tentaciones y estimularlos á recurrir á la oracion, les decía : « Esta noche todos vosotros sufriréis escándalo respecto de mí y me abandonaréis. » De repente Pedro se levanta y dice con acento enérgico : « Aunque todos os abandonen, yo no lo haré jamás. » — Tu confias demasiado en tí mismo, le dice el adorable Jesús, antes que el gallo haya cantado, conocerás tu propia flaqueza, porque me habrás negado por tres veces. — Ya sabeis, hermanos carísimos, como á la voz de una simple criada Pedro juró y perjuró por tres veces, que no conocia á Jesús de Galilea... O Príncipe de los Apóstoles, despues de esta terrible caida, no desesperasteis de la misericordia de vuestro bondadoso Maestro, sino que llorasteis amargamente vuestro pecado y alcanzasteis pronto el perdon. Y despues, fué tal su humildad, y la desconfianza de sí mismo, que temió no tener fortaleza suficiente para sufrir el martirio ; y alejándose de Roma para evitarlo, Jesús se dignó aparecersele y animarle á sufrirlo ¹... Este ejemplo nos enseña á no echarnos imprudentemente en medio de las tentaciones, y por mas que nos parezca estar dispuestos, á no contar en nuestras propias fuerzas, sino en la sola gracia de Dios, para hacer el bien y evitar el mal...

Otra suerte de presuntuosos son esas gentes honradas segun el mundo, las cuales apoyándose en ciertas cualidades humanas, de que se creen dotados, se persuaden de que no tienen necesidad de la misericordia divina... ¡ Oh si ! son tan probas esas gentes y tan regulares en su conducta, que, á su modo de pensar, Dios no osaría condenarlas... Es verdad que semejantes sujetos no se confie-

1. Conf. *Baronium*, ad Ann. 69, num. 6.

san nunca y dejan de cumplir muchos deberes impuestos por la religion, pero, ¿ qué importa eso, si ellos son mucho mejores que los que nos confesamos?... ¡ Insensatos! Los que así pensais sois unos orgullosos, vuestra esperanza es vana, porque no se apoya en los méritos de Jesucristo. ¿ Ignoráis acaso que nuestra estima delante de Dios es proporcionada á nuestra humildad?... El buen ladron está en el cielo, porque se humilló; los jueces, empero, que le condenaron y tantos sabios y hombres honrados del paganismo están probablemente en el infierno, porque fueron unos presuntuosos y estibaros en el mérito de sí mismos...

PERORACION. — Lo repito, hermanos carísimos, para que nuestra esperanza sea justa y legítima, es menester que esté apoyada en la bondad de Dios y en los méritos infinitos del Salvador Jesús y no en algunas pobres cualidades, de que nos parezca estar dotados. Alejemos de nosotros la presuncion, pero evitemos tambien la desesperacion. Quiero todavía acabar por una de esas bellas historias, que dilatan el corazon y nos hacen admirar y bendecir la misericordia de Dios... En el mes de agosto de 1848 un sargento de granaderos acababa de ser condenado á muerte, por haber asesinado á su teniente. La ejecucion debía tener lugar en Vincennes en el día tres de noviembre. Cuando hubo llegado la hora de partir, montó él con el capellan de regimiento en la triste carroza que debía conducirle al lugar del suplicio... Como despues de la sentencia había tenido la dicha de recobrar los sentimientos de fé, estaba resignado y se mostró tranquilo durante el trayecto... Una vez, derramando gruesas lágrimas, decía: no es la muerte, ni todo ese aparato lo que me hace llorar, sino mi padre, mis pobres parientes... La muerte para mí es nada; sé á donde voy; voy allá arriba cerca de mi Dios, voy á nuestra patria... Dentro pocos momentos estaré allá... ¡ Soy en verdad un pecador, un gran pecador, el mayor de todos los pecadores, me pongo en el lugar mas bajo; sí, he ofendido á Dios, he pecado!... Pero Dios es bueno, y tengo una confianza inmensa en El... Oh! creo firmemente en todas las verdades de la Iglesia... y estoy experimentando una gran tranquilidad... ¡ Qué día tan bello! pronto muy pronto estaré con

mi Dios... sé que no merezco nada, que soy un miserable; pero Nuestro Señor Jesucristo es tan bueno, que pongo en El toda mi esperanza... El reo murió en estos bellos sentimientos y su alma fué sin duda recibida en el Paraíso como la del buen ladron, porque no había desesperado de la misericordia de Dios¹. Hermanos carísimos, pongamos tambien nosotros toda nuestra confianza en los méritos y bondad infinita de nuestro Salvador y repitamos á menudo estas palabras del santo rey David: Señor, en vos he puesto mi esperanza, no permitais que me vea cubierto de confusion en la eternidad. *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum...* Asi sea.

UNDÉCIMA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

NOVENA INSTRUCCION.

CARIDAD: SU NECESIDAD: SU EXCELENCIA.

TEXTO. — *Super omnia autem charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* Sobre todo tened caridad, que es vínculo de perfeccion.

(CARTA A LOS COLOSENSES CAP. III, V. 14).

EXORDIO. — Dijimos, hermanos carísimos, que el culto interior que debemos á Dios, consistía principalmente en la Fé, Esperanza, y Caridad... Por la Fé adoramos á Dios como soberanamente veraz en todo cuanto nos enseña; por la esperanza reconocemos su poder, su bondad, y esperamos de El con seguridad los bienes que nos ha prometido... Mas hoy vamos á hablaros de la mas sublime de las virtudes, de la que tributa á Dios el culto mas puro y los

1. Véase *La Voix de la Vérité* nº del 5 novembre 1848.